

El reflejo difuso

Víctor del Árbol. *La víspera de casi todo.*

“Uno no quiere creer que detrás de una sonrisa bondadosa se esconde lo inconcebible”

Ni siquiera yo quería creerlo, quién iba a pensar que una persona así era capaz de terminar con la vida de alguien. De nuevo, las imágenes de los cuerpos inertes yaciendo en el suelo recorrían mi mente. Ese caos y confusión me atormentaban, no me dejaban ver las cosas con claridad. Llevábamos semanas investigando, pero el caso no avanzaba, estaba claro que el culpable sabía ocultar su secreto, que había confeccionado su ardid con prudencia.

Veía sombras dibujadas bajo los ojos del resto del equipo, el cansancio les consumía, estaban abatidos. Las posibilidades de resolverlo parecían estar cada vez más lejos, el culpable de las muertes conocía muy bien sus puntos débiles. Otra vez, las voces suplicantes, gritos de terror, un escalofrío me atravesó la nuca. Vivía envuelta en una pesadilla de la que era incapaz de despertar. La ansiedad no me dejaba conciliar el sueño, me sentía vulnerable, amenazada. ¿Quién sería la próxima víctima?

Estaba sentada en la silla de mi despacho, mientras, mordisqueaba el bolígrafo con nerviosismo. Los documentos de la investigación cubrían la mesa, reflejando el caos que albergaba mi cabeza. Solamente me hacían recordar que todo el trabajo había sido en vano. El tic tac del reloj resonaba por la estancia marcando el ritmo de unos pasos que se acercaban cada vez más. Pero como todo lo demás, tan solo era fruto de mi imaginación.

El sonido de la alarma me sobresaltó, sin embargo, solo me avisaba de que era hora de tomar la medicación. Con todo el estrés se me olvidaban mis pastillas con frecuencia, y eso hacía que la locura se apoderara aún más de mí. Como siempre, comprobé que nadie me observaba, ahora no podía dudar, un paso en falso acabaría conmigo.

De nuevo, volví a recordar el cuerpo de la primera víctima, rígido, con la mirada perdida, el rostro desfigurado, rodeado por una nube roja. Habíamos sido compañeras durante muchos años, pero nunca me respetó, amargó mi infancia llamándome chiflada. Después la siguieron los demás. Todos los cabrones tuvieron su fin.

Escuché las sirenas, gente dirigiéndose a mi despacho, golpes en la puerta. El caso estaba resuelto, había perdido, me habían descubierto. Miré quizás por última vez el reflejo de mi rostro en la ventana, el rostro de una asesina. Cogí la pistola, disparé. Y todo acabó.